

ATLANTE. CUADERNOS DE EDUCACIÓN Y DESARROLLO

EL PAPEL DE LAS FAMILIAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA ESCUELA INCLUSIVA

Lidia Ana Pérez Sánchez

<https://orcid.org/0000-0001-7358-6522>
lidia19ana@gmail.com

José Santiago García

<https://orcid.org/0000-0002-0599-090X>
Josesantiago1309@gmail.com

RESUMEN

Las escuelas se han visto afectadas por la sociedad competitiva e individualista que se ha construido con el paso de las décadas. Así, ha surgido un sistema tradicional y totalmente academicista cuya finalidad es alcanzar metas de manera independiente. Solo se toman en cuenta las calificaciones, los rankings y la comunicación unidireccional. Por ello, se han dividido en tres grandes grupos como si no tuviesen una conexión entre sí: las familias, el profesorado y el alumnado. Es por ello por lo que es tan importante buscar un objetivo común entre todas las personas que conforman la escuela para así vernos como un conjunto. Para conseguirlo, es importante introducir un concepto como es la participación para que así las escuelas tengan una base democrática e inclusiva. Dejar de lado a las familias solo ha conseguido que la escuela abandone una perspectiva esencial para que la realidad sea justa. De este modo, las metodologías que favorecen el diálogo entre iguales son básicas para que la innovación tenga sentido y no siga manteniendo esa competición que hemos adquirido de la sociedad. Por consiguiente, las comunidades de aprendizaje son una manera de vivir, de construir la realidad de las escuelas con el objetivo de alcanzar la inclusión en las aulas.

Palabras clave: educación inclusiva, familia, participación, escuela, comunidad, aprendizaje.

THE ROLE OF FAMILIES IN THE CONSTRUCTION OF THE INCLUSIVE SCHOOL

ABSTRACT

Schools have been affected by the competitive and individualistic society that has been built over the decades. This has given rise to a traditional and totally academicist system whose purpose is to achieve goals independently. Only marks, rankings and unidirectional communication are taken into account. Therefore, have been divided into three large groups as if they had no connection with each other: families, teachers and students. That is why it is so important to look for a common goal in order to see ourselves as a community. To achieve this, it is important to introduce a concept such as participation so that schools have a democratic and inclusive basis. Leaving aside the families has only made schools abandon an essential perspective for the reality to be fair. In this way, methodologies that favor dialogue between equals are basic for innovation to make sense and not

continue to maintain the competition that we have acquired from society. Therefore, learning communities are a way of living, of building the reality of schools with the aim of achieving inclusion in the classroom.

Keywords: inclusive education, families, participation, school, community, learning.

INTRODUCCIÓN

Para comprender el propósito del escrito es necesario abordar detenidamente los ejes en los que se centra. Por una parte, se esclarece el significado de la escuela inclusiva. ¿Qué se entiende por escuela inclusiva? Por otra parte, se denota la importancia de la participación activa de las familias dentro de ella. Esta última nos lleva a preguntarnos qué entendemos por participación, qué significa participar en la comunidad educativa y de qué manera se puede actuar en ella.

Se concibe la educación inclusiva como un medio para favorecer la educación y prevenir la exclusión social (Echeita, 2018). La educación inclusiva no pretende solo la integración física del alumnado, sino que determina una serie de valores y cambios en el pensamiento. De tal forma, para llevar a cabo una educación inclusiva en las escuelas es necesario un sistema educativo que se adecue al alumnado, y que no sea el alumnado quien se adapte al sistema. Las escuelas inclusivas son más educativas, cooperativas y pretenden asegurar una educación de calidad (López, 2018). La inclusión es el medio y el fin por el que todos los miembros de la comunidad educativa participan y colaboran con el fin de aprender y mejorar las habilidades sociales y cognitivas.

De este modo, si entendemos la escuela inclusiva como el lugar donde todos los agentes que engloban a la educación participan de una forma educativa y democrática, las familias cobran sentido y toman valor en el proceso de enseñanza-aprendizaje del alumnado. Un modelo educativo que acoge a todos estos miembros es la comunidad de aprendizaje. En ella, las dificultades del alumnado se convierten en posibilidades. Con la ayuda y la participación colectiva aprendemos más y nos nutrimos unos de los otros.

Esta inclusión necesita de la participación. Se suele entender como simplemente consultar a las familias o informar, como si una reunión consultiva fuera suficiente para generar un diálogo. Por ello, es importante ver el concepto de participar como un paso más, que se basa en la comunicación. Comunicar implica a más de una persona. No es un monólogo que el resto escucha y acepta, sino que implica un desacuerdo para construir una idea justa para todas las partes. En consecuencia, las familias tienen un rol clave en las escuelas, pues sin ellas sería imposible adaptarse a la realidad del contexto. Y, sin el entorno, el centro educativo no puede configurarse como comunidad. Las palabras, en conjunto, forman frases; las familias, el profesorado y el alumnado, en conjunto, forman la escuela inclusiva que tanto se estima.

1. EL ROL DE LAS FAMILIAS EN LA ESCUELA TRADICIONAL

El panorama actual de la educación no es el deseado por quienes buscan una escuela popular, cooperativa y democrática. Un reto que aparece con fulgor en las últimas décadas es la

participación y el papel de las familias en el contexto educativo. Y es que, inmersos en una sociedad desconectada de la realidad, deshumanizada y muy lejos de valores propios de la convivencia y la participación, educar en las escuelas se convierte en un quehacer cuanto menos vertiginoso. Una tarea dura, difícil, pero necesaria de tratar.

Las escuelas tradicionales que viven por y para la transmisión del conocimiento desde una perspectiva en la que el docente es el principal protagonista en la transferencia de contenidos conceptuales, aleja inevitablemente a otros agentes de la educación como son el alumnado y las familias. De manera que el docente o la docente se encuentra, dentro de la escuela tradicional, en la cima de una pirámide en la que no existe la posibilidad de ofrecer o dar voz a quienes no se sitúan en lo alto. La actitud activa del profesorado como principales transmisores de la información en la escuela no da paso a crear nuevas oportunidades de aprendizaje por parte de los niños y las niñas que conforman la escuela (Dewey, 1995). Este tipo de educación excluye. Principalmente porque se deja de lado a los protagonistas reales de la escuela, el alumnado, además de olvidar el papel fundamental de las familias y en la vida de los niños y las niñas. En una educación que no ofrece oportunidades al alumnado ante el aprendizaje, y que presupone que el contenido que aprendemos ya está escrito y que quienes deben “enseñarlo” son los docentes, ¿Qué papel se le otorga a las familias en el proceso de enseñanza-aprendizaje dentro de una escuela tradicional?

Dentro de la escuela tradicional, el currículum ya viene diseñado, como si el alumnado no tuviese que aportar sus percepciones para poder construirlo. No se tienen en cuenta sus aprendizajes previos, sus experiencias, por lo que tampoco se toma en consideración la forma de evaluar que consideran oportuna según su contexto. Si el alumnado que está presente en el aula a diario no tiene oportunidad de formar parte de las decisiones, ¿dónde se quedan las familias que apenas pueden aportar su presencia física en el centro?

Muchas veces las familias, apoyan a la escuela sin apenas meditar sobre las consecuencias que sus acciones acarrearán. Aquí está uno de los grandes problemas de la educación actual. Las familias no reflexionan ni se paran a pensar en las actuaciones de las escuelas de sus hijos o hijas. A su vez, el profesorado no es consciente de que la participación activa del alumnado y de las familias son un elemento clave en la educación (Santos, 2020) y que sin ello, muy difícilmente, podremos educar para un mundo democrático (Martínez, 1995). Al contrario, solo alimentan un mundo de desigualdades, de pobreza extrema (social y económica), en el que reina la competitividad y el individualismo. Y en el caso de aquellas familias que no apoyan al sistema tradicional, la atención que reciben de la escuela es limitada. No existe posibilidad de participación dentro de una escuela tradicional, al menos dentro de nuestra forma de entender la participación.

2. LA PARTICIPACIÓN DE LAS FAMILIAS EN LA ESCUELA INCLUSIVA

El concepto de participación se ha malinterpretado en las escuelas educativas tradicionales. Al igual que con la integración, se ha considerado que la mera presencia física es suficiente para poder hablar de inclusión, pero sin embargo es insuficiente. Compartir el mismo espacio no implica

que se haya alcanzado la participación, pues es necesario que los colectivos implicados formen parte de las tomas de decisiones. El problema surge de la separación que caracteriza a las escuelas. Las familias, el profesorado y el alumnado se han distinguido como grupos distintos, como si no tuvieran ningún tipo de relación entre sí. Cada cual se ha basado en sus propios intereses sin tener en cuenta la perspectiva de los demás.

Sin embargo, no se puede construir una realidad inclusiva si se deja de lado la realidad de las personas involucradas. La escuela se ha convertido en un “*Frankenstein educativo*”, donde cada grupo habla sin tener en cuenta las opiniones del resto. Es así como Simón Rueda y Barrios Fernández (2019) hablan de la *participación ficticia*, donde las decisiones ya vienen tomadas y las familias se limitan a oír y asentir; “Una política educativa no se vuelve más democrática porque haga un uso abusivo de la palabra participar, sino porque distribuye más equitativamente aquellos recursos sociales que hacen posible la acción colectiva” (Martínez, 2005).

Las autoras citadas en el párrafo anterior consideran una serie de formas de participar. Relevante para ellas sería consultar a las familias, preguntar sus opiniones acerca de los conflictos que vayan surgiendo en el centro educativo: es una *participación simbólica*, pues esas perspectivas se quedan en el olvido a la hora de tomar las decisiones. Son respuestas sin valor, pero que ayudan a considerar que las familias tienen un papel. De este modo, se silencia el ruido considerando que hemos tenido una oportunidad, cuando realmente las voces se van silenciando con las decisiones individuales que van cambiando el rumbo del gran grupo.

Se continúa resaltando la *participación parcial*. Las voces de las familias sí tienen importancia, pero las preguntas ya vienen diseñadas. El camino se va construyendo acorde a las necesidades y las acciones que en el propio centro se proponen. Es una especie de libro donde puedes decidir el rumbo de la historia, pero con un final ya previsto donde las familias no tienen capacidad para hablar. Es el reflejo de la libertad actual; de un mundo donde creemos que podemos decidir cuando el desenlace ya está creado. Esto no se considera una participación en una escuela inclusiva.

Finalmente, se encuentra la *participación plena*, o mejor dicho la verdadera participación dentro de una escuela inclusiva. Las familias se convierten en un grupo de personas activas. Se dejan de lado las diferencias entre unos y otros, y se habla de la propia escuela como un único grupo. El concepto del “otro” no hace más que generar enemistad, como si se viviera en una constante lucha por ver quién consigue destacar más. En este mundo competitivo e individualista, es complicado pensar en aquello que une. Romper con las barreras de este sistema resulta impensable, pero la verdadera inclusión parte del diálogo y para ello se deben fijar objetivos comunes (UNESCO, 2022). Esa es la escuela donde todas pueden decidir.

En palabras de Freire (1997), buscar una nueva pedagogía no es una derrota. Ser conscientes de que la actualidad es errónea no supone un problema si, a su vez, se reflexiona acerca del avance; si se replantean las políticas de este mundo injusto. No se habría perdido, sino que se

habría ganado una nueva realidad más justa y, sobre todo, más inclusiva. Dar voz por ser personas y no por el valor que se ha conseguido alcanzar en la sociedad. Dejar de distinguir por grupos y comenzar a construir una sociedad desde una visión humanista.

CONCLUSIONES

La participación es clave para construir una sociedad inclusiva y democrática. Sin ella, no se pueden conocer las ideas de las personas que las conforman. Intentar suponer las necesidades del resto no hace más que generar problemáticas. El hecho de interpretar la información de la persona que tenemos al lado deriva en confusión. Cuando el mensaje va pasando de sujeto en sujeto sin ningún tipo de diálogo, las palabras se van alterando hasta el punto de cambiar el mensaje por completo. Ahí entran las relaciones negativas que se producen en la escuela. No oímos las versiones del profesorado, alumnado y familias al mismo tiempo, sino que se van haciendo conjeturas de lo que se cree que se va a decir. Se puede decir que creamos un mundo alejado de la realidad.

Por tanto, es fundamental que la escuela se enriquezca de metodologías que tengan en cuenta las propias vidas de todas las personas que construyen la escuela. Oír las voces individuales hará que la globalidad tenga sentido. Uno de los ejemplos más extendidos es la comunidad de aprendizaje, donde el objetivo final es la transformación social. Busca romper esos obstáculos que se han generado durante décadas por esa tradición que oprime para que la escuela pase a ser un espacio de convivencia, respeto y consenso. Abrir las puertas de las escuelas para que las personas involucradas realmente sientan que forman parte de ese lugar, pues han podido decidir cómo alcanzar ese gran objetivo: la justicia social.

Ese es el sentido de la comunidad. Ser consciente de dónde se encuentra el centro educativo, sus características y sus necesidades; es así como surge el sentido de la mejora. Conocer el entorno que nos rodea para tener como fin transformarlo. Los aprendizajes surgen cuando se dialoga sobre nuestro alrededor, ya que la implicación es la clave del verdadero éxito académico. “De este modo vamos generando cambios personales a partir del intercambio de ideas y pensamientos, de la intervención de los otros, de sus aportaciones” (López, 2018, p. 68). A fin de cuentas, la sociedad necesita de las palabras de todas las personas que la constituyen para que así tenga sentido común la convivencia.

No obstante, actualmente la escuela se empeña en mantener un estilo academicista que nos distancia de la construcción de una ciudadanía. La inhumanidad se ha posicionado por encima de la verdadera humanidad, como una palabra trampa que nos imposibilita vernos como seres iguales. Ese prefijo de apenas dos letras puede parecer insignificante, pero la realidad es que cambia por completo el mundo que se consigue con uno u otro. Por ello, es tan importante dar el nombre real a aquello que se vive en la actualidad para buscar la manera necesaria de enfrentarnos a ella. El primer paso es comenzar a hablar en primera persona, vernos como un conjunto, un grupo de personas que buscan el bien común. Somos seres sociales y por tanto necesitamos hablar entre nosotros. Una mera forma de dirigirnos consigue que nos sintamos parte del grupo del que hablamos y no como una

realidad ajena a nuestras vidas.

En definitiva, si la idea es alcanzar una escuela innovadora, ese concepto que tanto persigue al profesorado, el camino idóneo es la comunicación entre las personas que conforman la escuela. Escuchar las voces del profesorado, el alumnado y las familias entre sí para crear un currículum propio al contexto es la forma más cercana de relacionarnos con la inclusión. “La escuela innovadora, entonces, es una escuela situada, contextualizada, que aprende a leer y dialogar con las realidades complejas del entorno en que se inscribe” (Martínez y Rogero, 2021, p. 79).

REFERENCIAS

- Dewey, J. (1995). *Democracia y educación: una introducción a la filosofía de la educación*. (1.ª Edición). Morata.
- Echeita, G. (2018). *Educación para la inclusión o educación sin exclusiones*. (3.ª Edición). Narcea.
- Freire, P. (1997). *La educación como práctica de la libertad*. (45.ª Edición). Siglo Veintiuno Editores.
- López, M. (2018). *Fundamentos y Prácticas Inclusivas en el Proyecto Roma*. (1.ª Edición). Morata.
- Martínez, J. (1995). Cultura, democracia y escuela pública: una hipótesis de trabajo. *Revista Investigación de la Escuela*, 26, 55-68. <https://idus.us.es/handle/11441/59650>.
- Martínez, J. & Rogero, J. (2021). El Entorno y la Innovación Educativa. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 19(4), 71-81. <https://doi.org/10.15366/reice2021.19.4.004>.
- Martínez, J. B. (2005). *Educación para la ciudadanía*. (1.ª Edición). Morata.
- Santos, M. A. (2020). *La escuela que aprende*. (6.ª Edición). Morata.
- Simón, C. & Barrios, Á. (2019). Las familias en el corazón de la educación inclusiva. *Aula Abierta*, 48(1), 51-58. <https://doi.org/10.17811/rifie.48.1.2019.51-58>.
- UNESCO. (2022). Reimaginar juntos nuestros futuros: un nuevo contrato social para la educación. *Perfiles educativos*, 44(177), 200-212. 10.22201/iisue.24486167e.2022.177.61072.